

VIRGILIO Y SUS COMENTARIOS RENACENTISTAS (I)

A Avelina Carrera de la Red

Cuando el profesor Antonio Alvar me invitó hace tiempo a participar en un curso de verano para hablar de «Los comentarios renacentistas sobre la obra de Virgilio», acepté de buen grado aunque ya suponía las dificultades para acceder a algunos de los comentarios de los principales humanistas foráneos (italianos, franceses, alemanes y flamencos). Lo que era una simple sospecha se convirtió en certidumbre cuando me dirigí a la Biblioteca Nacional de Madrid, cuyos fondos no son demasiado ricos en ediciones de Virgilio. Esta laguna se pudo salvar finalmente, aunque sólo en parte, gracias a los fondos de la Universidad Complutense de Madrid y de la Universidad de Comillas. De todas formas, no hay que olvidar que quedan comentarios sin editar, por lo que las conclusiones que se obtengan de este trabajo serán siempre susceptibles de modificación.

El trabajo que ahora presento debe, pues, su existencia a aquellas charlas, que me permitieron adentrarme en un mundo apasionante, el de la literatura crítico-exegética. Este pequeño ensayo consta, así, de dos grandes bloques: en el primero, que ahora presento, se aborda el estudio de la práctica del comentario y, más en concreto, de los comentarios a Virgilio desde los albores del siglo XV hasta el inicio de la centuria siguiente. En un segundo trabajo, analizaré los comentarios a Virgilio realizados en España y, sobre todo, reivindicaré con fuerza el gran comentario del jesuita español Juan Luis de La Cerda, útil aun en nuestros días y, por desgracia, poco o nada utilizado en nuestras aulas.¹

¹ En este sentido es de agradecer la tesis doctoral de M. Ruiz-Funes publicada por la Universidad de Murcia en 1995: *El comentario de Juan Luis de la Cerda a los seis primeros libros de la Eneida* (microfichas).

En pos del redescubrimiento de la Antigüedad perseguido por los humanistas, la edición y el estudio comentado de los grandes autores griegos y romanos se erigieron en pilares básicos de esa empresa cultural. Esos primeros humanistas no sólo copiaron los manuscritos que encontraban en los anaqueles de las bibliotecas monásticas o capitulares, sino que, al mismo tiempo, se iniciaron en la práctica de la crítica textual y, por ende, del estudio de esos textos. No hay que olvidar a este respecto que muchos de los que llamamos humanistas eran meros profesores de Gramática y de Retórica que se ganaban la vida en los Estudios y Universidades y que tenían en el comentario de los *auctores* (esto es, en la afamada *enarratio poetarum*) su principal instrumento propedéutico.

En las primeras etapas del humanismo, aquellas que se sitúan, según Rico,² en el período de los sueños, los humanistas copiaban, editaban y traducían (al romance o, en el caso de los textos griegos, al latín) obras antiguas, que acompañaban de glosas y comentarios y con las que elaboraban sus propias gramáticas. Muchos de esos comentarios no se concebían como obras independientes en sí mismas, sino como simples guías de lectura para los estudiantes; de ahí que no se preocupasen tanto de los problemas técnicos de la exégesis como de identificar los recursos retóricos empleados por un autor o resolver algunas dudas gramaticales de cara a los alumnos. Esto es lo que se observa, por ejemplo, en el caso de Nebrija, quien en el prefacio de su comentario a Persio (*ca.* 1490) indica que, en su opinión, el comentario debe solventar las dificultades que presenta el texto *in quibusdam locis* y debe ser, ante todo, breve.³ Dichas palabras ponen de manifiesto que, para Nebrija (y también para otros humanistas de su generación), el texto latino seguía siendo un pretexto para el aprendizaje de un nuevo y más correcto latín.⁴

² Vid. F. Rico, *El sueño del humanismo. De Petrarca a Erasmo*, Madrid, 1993.

³ Para más información acerca de este comentario, *vid.* R. Cortés Tovar, «El comentario del gramático Elio Antonio de Nebrija a Persio» en C. Codoñer - J. A. González Iglesias, *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento*, Salamanca, 1994, págs. 205-214. Hay también una reciente edición de dichos comentarios realizada en cd-rom por M. del Amo Lozano, *Los comentarios de Nebrija a Persio*, Murcia, 2000.

⁴ «Así puedo reivindicar, con cierta razón por mi parte, lo que es propio de un gramático: expresar el sentido de casi todas las cláusulas, aclarar cada partícula (incluso aquellas que saltan a la vista) por otras más conocidas o igualmente conocidas, ordenar las partes de la oración, y (lo que Quintiliano señala que ha de hacerse) cada vez que sea necesario, parafrasear algunos versos».

ita illud mihi possum meo quodam iure vindicare quod est grammatici proprium: omnium prope clausularum sensus exprimere, singulas particulas (etiam illas quae sunt in promptu) per alias notiones aut aequae notas exponere, orationis partes ordinare, et quod fieri Quintilianus praecepit, quotiens opus fuerit «versus quosdam etiam paraphrasi vertere» (cito por la primera edición de 1503, Sevilla: L. Polono y J. Cromberger).

Unos principios semejantes, propios de un gramático convencido de que el *usus* gramatical viene determinado sólo por los autores clásicos, inspiraron igualmente el acercamiento de Nebrija a Virgilio. Así, en los *Preambula* de su comentario a este autor (sobre el que se volverá en otra ocasión), editado póstumamente por su hijo Sancho, se insiste en la necesidad de ser breve para evitar que el alumnado (los *pueri*) se pierda.

Junto a esta manera de proceder, encaminada a sentar bien las primeras nociones gramaticales, otros humanistas se decantaron desde el comienzo por los comentarios exhaustivos, en los que, de acuerdo con la tradición medieval, la exégesis se desarrollaba línea por línea, en un intento de no dejar nada sin explicar (gramática, retórica y *realia*). Esta práctica del comentario, adherida también a la docencia en los primeros estadios de la formación, se observa incluso en autores más tardíos que Nebrija, según ha demostrado Grafton, quien, en sus estudios sobre Escalígero, Petrus Ramus y otros humanistas, señala la existencia de una total coincidencia entre sus comentarios publicados sobre ciertas obras y las *reportationes* o apuntes tomados por algunos alumnos.⁵

¿Cuáles son las características de estos comentarios y qué aportan de nuevo respecto de la tradición medieval? Con esta pregunta nos topamos con unos de los asuntos más debatidos por la crítica actual acerca de la verdadera esencia del humanismo, de su relación con la literatura clásica y sus deudas con la larga y rica tradición medieval. Para algunos autores,⁶ los humanistas se caracterizaron precisamente por su aproximación «histórica» a los clásicos, con lo que sus comentarios pretendían una explicación de los textos de estos autores dentro de su propio contexto, como fruto de un individuo y,

⁵ A. Grafton, *Joseph Scaliger: A Study in the History of Classical Scholarship*, Oxford, 1983.

⁶ Vid. E. Garin, «Le favole antiche», *Medioevo e Rinascimento*, 1954, págs. 66-89.

por decirlo con palabras de ahora, de sus circunstancias. Otros, sin embargo, señalan que hubo una clara aproximación retórica a los *auctores* (algo que también había sido común en la Edad Media, donde las *auctoritates* ofrecían materiales para el adorno del discurso), considerados siempre como una fuente para el estudio de una correcta *latinitas* y, lo que es más importante, a manera de claves para el acceso a un saber intemporal. Esto explicaría el frecuente recurso a la alegoría como método de exégesis. Pero ni siquiera estas dos posturas son irreconciliables, pues ambas coexistieron incluso en diferentes obras de un mismo erudito. Nos encontramos, así, con otro elemento más que hay que tener en cuenta: el público al que iban dirigidos los estudios o escritos de esos humanistas.⁷ De este modo, vale recordar lo dicho antes: muchos humanistas tuvieron una clara vocación propedéutica y desarrollaron su carrera como meros profesores de Gramática y, en el mejor de los casos, de Retórica. Era preciso educar a la juventud y, para ello, cualquier método era válido; así, un autor como Erasmo de Rotterdam, que se burlaba de las exitosísimas ediciones y distintas versiones del *Ovidius moralizatus*, abogaba por una lectura alegórica de la segunda égloga de Virgilio en su *De ratione studii*, donde explica la manera adecuada de enfrentarse a la enseñanza de los clásicos.

De acuerdo con esta doble postura, novedosa y al mismo tiempo apegada a la tradición, se descubre que, en muchos casos, los comentarios de los primeros humanistas a las obras clásicas por antonomasia (aquellas que también habían formado parte del canon de lecturas medieval) muestran una escasa originalidad, ya que no hacían sino repetir comentarios rescatados de la Antigüedad e incluso algunos de los redactados a lo largo de los siglos XII o XIII (cabe destacar el éxito en las aulas de los comentarios medievales a la *Rhetorica ad Herennium* y el *De inventione* ciceroniano); más aún, según nos muestra el reciente *Vergil: A Census of Printed Editions, 1469-1500*, editado por M. Davies y J. Goldfinch en 1992, en esta primera época se observa una clara influencia de Servio en las lecturas humanísticas de Virgilio; de hecho, su comentario se imprime en un total de 43 ediciones anteriores a 1500. Con pos-

⁷ Vid. A. Grafton, *Defenders of the Text. The traditions of scholarship in an age of science, 1450-1800*, Cambridge-Londres, 1991, págs. 23-46.

terioridad, aun cuando fueron apareciendo nuevos comentarios a Virgilio, nunca dejó de usarse el comento de este gramático a caballo entre los siglos IV-V. Más aún, las ediciones de mayor éxito fueron aquellas en las que los comentarios más recientes se imprimían al lado de los de Servio y Donato (no recuperado por completo hasta 1535). Es más, Servio tuvo sus propios estudiosos, que se afanaron por hacerse con el texto más completo y depurado posible de este autor frente a la *vulgata* medieval, algo que se consiguió con la famosa edición de Pedro Daniel en 1600 (la conocida como el *Servius Danielinus*).

De todos modos, tanto la crítica textual como la exégesis eran tareas de difícil ejecución en un mundo donde no resultaba del todo sencillo el acceso a los textos. Sólo con la fundación de las primeras grandes bibliotecas (las de mecenas civiles o religiosos como la Biblioteca Medicea Laurenziana en Florencia o la Vaticana en Roma), el trabajo erudito sobre los textos clásicos se iba a convertir en una tarea más fácil; de igual modo, la aparición de la imprenta permitió una circulación más fluida de esas obras, que con el formato de libro podían viajar más lejos en busca de nuevos lectores y comentadores. Sin embargo, no hay que olvidar que el libro no desplazó por completo la transmisión manuscrita, por lo que muchos comentarios, fruto de una lectura personal y minuciosa, pudieron difundirse sin recurrir a la imprenta o simplemente quedaron escondidos en alguna biblioteca.⁸ Éste es el caso del célebre comentario de Poliziano a Estacio que hoy podemos leer gracias a la excelente labor de Cesarini a partir de los papeles del propio erudito conservados en Florencia.⁹ Con todo, es preciso recordar que el humanismo (enten-

⁸ En lo que se refiere a Virgilio, el profesor L. Rubio, «Virgilio en el medioevo y el Renacimiento español», en F. Moya del Baño, *Simposio Virgiliano conmemorativo de la muerte de Virgilio*, Murcia, 1984, págs. 27-57, señala algunos casos de autores de nuestro renacimiento que dejaron entre sus papeles su trabajo sobre el gran poeta romano; así, en la catedral de Toledo se conservan «un Donato y un Virgilio colacionados por de La Cerda con un *Codex Romanus* [...] en El Escorial está el Virgilio corregido por Diego Hurtado de Mendoza y una *Eneida* que perteneció al zaragozano Pedro de San Esteban, y en la Colombina de Sevilla podemos leer el estudio introductorio a la obra de Virgilio escrito por Juan Bautista Suárez de Salazar».

⁹ Vid. L. Cesarini Martinelli, *Commento inedito alle Selve di Stazio*, Florencia, 1978. Recientemente se ha recuperado y editado el comentario de Poliziano a las *Geórgicas* de Virgilio (vid. L. Castano Musicò, *Angelo Poliziano: commento inedito alle Georgiche di Virgilio*, Florencia, 1990; acerca de esta edición, vid. M. Reeve, «Politian's commentaries on the *Georgics* and *Fasti*», *Classical Review* 43 [1993], págs. 153-156).

dido como un movimiento cultural con un claro interés por la literatura) favoreció una mayor y más rápida difusión de los textos (impresos o manuscritos) que encontraron una magnífica acogida por parte de unos lectores ávidos por descubrir la Antigüedad, ya sea con una finalidad meramente utilitaria o simplemente con un interés erudito. Y, claro está, un mismo humanista podía satisfacer ambas apetencias. Además, con la implantación de la imprenta, la creciente demanda de cultura antigua por parte de la sociedad indujo a que los humanistas colaborasen en los talleres tipográficos. A pesar de su presencia en las *officinae*, a menudo faltó el necesario criterio filológico (con consecuencias funestas para la calidad textual de varias *principes*) y esa sensibilidad inherente al espíritu de los humanistas (con la consiguiente desaparición de no pocos manuscritos tras su uso editorial); pero a pesar de esos inconvenientes (descritos con acierto por Reynolds y Wilson),¹⁰ se facilitó el acceso al mundo del libro.

Dentro de este panorama general, es posible dibujar una nueva tendencia que se define por una forma distinta de acercarse a los textos. A medida que avanzan los años, sobre todo a partir de la década de los años treinta o cuarenta del siglo XV (la etapa de inicio de un humanismo más crítico, de acuerdo con Symonds),¹¹ una nueva generación de especialistas es la responsable de un notable avance en los estudios filológicos. Por esos años, aparecen comentarios pensados como verdaderas obras literarias independientes, destinados a unos lectores familiarizados con los textos. Además, de acuerdo con el método de estudio propugnado por los principales maestros de este momento, cada estudiante o lector debía esforzarse por confeccionar comentarios personales sobre sus propias lecturas, que debía preparar como si en un futuro fueran a salir a la luz: *explanationes quoque in libros scribere vehementer conducet, sed tamen magis si sperabunt eas in lucem aliquando pro-*

¹⁰ L. D. Reynolds - N. G. Wilson, *Copistas y filólogos*, Madrid, 1986, págs. 182-183.

¹¹ Vid. el ya clásico libro de J. A. Symonds, *El Renacimiento en Italia*, México, 1992, págs. 21 y ss., donde comenta la existencia de tres fases fundamentales en la «historia de las humanidades durante el Renacimiento». La primera es la del «deseo apasionado», marcada por las figuras de Petrarca o Boccaccio, quienes «contagiaron a los italianos la sed y el afán de la cultura antigua»; la segunda es «la fase de las adquisiciones y las bibliotecas [...] Y la tercera sería, por fin, «la fase de los críticos, los filólogos y los impresores».

dituras.¹² Con ello, vamos a encontrar diferentes tipos de comentarios en función de los intereses del comentarista: unos se fijarán más en los aspectos lingüísticos y gramaticales (como por ejemplo el comentario de Mancinelli a las *Bucólicas* y *Geórgicas* o el ya citado de Nebrija a Persio y Virgilio) mientras otros mostrarán su inclinación por asuntos eruditos diversos (religión, geografía, historia, costumbres, etc.) en función, claro está, de los nuevas aficiones propugnadas por los *studia humanitatis*.

Por otro lado, el auge experimentado por los estudios de la lengua griega,¹³ dotó a los humanistas de un arma más eficaz para adentrarse en la comprensión de la literatura latina. Desde ese momento, los estudiosos no sólo refrendarán sus opiniones con las *auctoritates* latinas al uso sino que añadirán otras tantas referencias a la literatura y lengua griegas, signo manifiesto de modernidad; a ese respecto, brillan con luz propia Calderini, quien apeló al griego en su comentario de Propertio, y sobre todo Poliziano, quien en sus *Miscellanea* estableció el principio de que la exégesis de cualquier texto literario latino debía comenzar con la identificación de la fuente griega en que se había inspirado. Estas nuevas perspectivas ganaron fuerza con el auge de los estudios de Poética a lo largo del siglo XVI y con el debate sobre el fenómeno de la *imitatio* y la *aemulatio*.¹⁴ Estos estudios llevaron a que, al menos de una manera superficial, se prestase más atención a la manera en que los autores latinos habían imitado a sus modelos griegos, lo que se convirtió en un *tópos* ineludible en cualquier comentario a un autor clásico; al mismo tiempo, se formuló otro principio fundamental de la enseñanza literaria, basada en la *imitatio*: el comentario no sólo enseñaba gramática y retórica sino que

¹² Estas palabras pertenecen al *De ordine docendi et discendi* de Battista Guarino, hijo del famosísimo Guarino Veronese, uno de los pedagogos más afamados de su época. La cita procede de E. Garin, *Il pensiero pedagogico dello Umanesimo*, Florencia, 1958, pág. 460.

¹³ Recordemos que el redescubrimiento del griego fue otra de las banderas enarboladas por los primeros humanistas: a pesar de que Petrarca sólo logró aprender el alfabeto, su discípulo y amigo Boccaccio se enorgulleció en el libro decimoquinto y último de su *De genealogia deorum gentium* de haber sido el primero de su generación en auspiciar los estudios de griego; de hecho, él estudió con Leoncio Pilato, el primer traductor de Homero de la época moderna, a quien dio cobijo en su casa durante dos años. Tras él, los estudios de griego se instauraron en Florencia y pronto aparecería una generación de humanistas competentes en ambas lenguas.

¹⁴ Sobre estos aspectos, *vid.* C. Bobes *et al.*, *Historia de la Teoría Literaria. II: Transmisores. Edad Media. Poéticas classicistas*, Madrid, 1998.

proponía modelos para la imitación o hacía hincapié en el uso de esta técnica entre los maestros de la literatura antigua.

Entre los poetas antiguos más apreciados para ejercitar los nuevos conocimientos filológicos estaban Persio y Juvenal, en boga desde el final del Medievo. Los satíricos fueron, por su dificultad, el campo de batalla elegido por muchos de los humanistas para mostrar su pericia y conocimientos en la práctica del comentario; por ello, cuando el humanista milanés Pedro Mártir de Anglería llegó a España en 1486, fue invitado a leer Juvenal en la Universidad de Salamanca¹⁵; tampoco Nebrija escapó a esta moda, como lo prueban sus comentarios a Persio. En contrapartida, el autor en prosa preferido fue Plinio el Viejo y su *Naturalis Historia*, que atrajo la atención de Filippo Beroaldo, Hermolao Barbaro o, ya en España, Lucio Flaminio Sículo, quien en diciembre de 1503 obtuvo una cátedra en Salamanca para leer a este autor en exclusividad (este humanista italiano afincado en España publicó sus anotaciones sobre el proemio de Plinio en Salamanca en 1504).¹⁶ Por supuesto, tampoco decayó el interés por el más grande de los poetas romanos, Virgilio, que conservó su *status* privilegiado en la escuela (que nadie le negaba desde el prerrenacimiento carolingio, también conocido como *aetas vergiliana*) por ser, en opinión de los profesores, el mejor modo de adentrarse en el estudio de la Antigüedad. Virgilio, que durante la Edad Media se había transformado en un mago y en un profeta precristiano (de hecho, en un bajorrelieve de la catedral de Zamora, se representa a Virgilio dentro del *ordo profetarum*),¹⁷ verá depurada su imagen gracias a los humanistas que, poco a poco, reconstruyeron un Virgilio más parecido al personaje histórico; con todo, no cesa-

¹⁵ Me parece interesante repasar la carta en que Mártir cuenta esta experiencia (*Epist.* 57) (cito por la traducción del epistolario de J. López de Toro, Madrid, 1953-1957): «Así pues, lanzáronse pregones de que a las dos de la tarde del día siguiente un extranjero iba a disertar sobre Juvenal. Era jueves, y en este día no había lecciones públicas. Hubo tal concurrencia que era imposible entrar en las clases [...] A fuerza de voces, de golpes y de amenazas se abrió por fin un camino. A hombros me llevan en volandas hasta la cátedra..., muchos del público tuvieron que ser sacados fuera medio asfixiados».

¹⁶ Acerca de la fecha de publicación de esta obra, remito a mi trabajo «Tres precisiones bibliográficas con base en la obra de Lucio Marineo Sículo», *Revista de Literatura Medieval* 11 (1999), págs. 255-266.

¹⁷ Sobre las diferentes visiones de Virgilio en el Medievo, es indispensable el trabajo de D. Comparetti, *Virgilio nel Medio Evo*, 2 vols., Livorno, 1872 (hay una nueva edición preparada por G. Pasquali, Florencia, 1937-1941, con numerosas reimpresiones).

ron las alegorizaciones de sus obras, susceptibles siempre de recibir una lectura como modelo de buenas costumbres para guerreros y ciudadanos. Virgilio siempre fue el «poeta total», el *summus poeta*, lo que implicaba que no sólo fuera admirado como modelo ideal de la poesía sublime y, por lo tanto, como un modelo retórico, sino que también era la fuente para el conocimiento de las pasiones humanas, la filosofía o la verdadera esencia del mundo antiguo.

Por último, queda señalar un campo de estudio que ofrecía grandes posibilidades a algunos espíritus especialmente dotados para el ejercicio de la crítica literaria: la filología bíblica, entre cuyos cultivadores es preciso destacar a Lorenzo Valla, una figura reivindicada por otro gran humanista, el holandés Erasmo de Rotterdam, que editó las *Annotationes in Novum Testamentum* del italiano;¹⁸ también el propio Erasmo publicó unas *Annotationes* al Nuevo Testamento, muy contestadas por el español Diego de Zúñiga.¹⁹ Desde luego, en este terreno, las arenas eran movedizas y pronto algunos avezados críticos terminaron por caer en las redes de la Inquisición, que tachaba de herejías muchas de sus lecturas y comentarios sobre los textos sagrados. Aquí en España, también fue Nebrija el pionero en estas lides con su *Tertia Quinquagena* (lo de *Tertia* tiene que ver con que las dos primeras versiones no recibieron el visto bueno del Inquisidor general Deza).²⁰

En cuanto a los comentarios a los textos clásicos, éstos no sólo cambiaron por su apariencia externa (al publicarse de forma exenta, con una tipografía humanística y un formato menor, entre otros rasgos),²¹ sino también por su intención: si en el comentario medieval había un predominio absoluto de los cuatro sentidos básicos (literal, alegórico, moral y anagógico), que se desplegaban conforme a la rigida práctica de los *accessus*, en el comentario humanístico se apre-

¹⁸ Vid. J. Bentley, *Humanists and Holy Writ*, Princeton, 1983.

¹⁹ A este respecto, vid. M. Bataillon, *Erasmo y España*, México, 1979, págs. 124 y ss.

²⁰ Para la dedicación de Nebrija a la filología bíblica, vid. el excelente trabajo de A. Sáenz Badillos, *La Filología bíblica en los primeros helenistas de Alcalá*, Estella, 1990, y del mismo autor, «Antonio de Nebrija ante la lengua hebrea y la Biblia» en C. Codoñer y J. A. González Iglesias, eds., *Antonio de Nebrija...*, op. cit., págs. 111-119.

²¹ Sobre el aspecto que presentan los comentarios a autores clásicos en el Renacimiento, vid. F. González Vega, «*Textus cum commento*: ensayo de tipología del libro humanístico», *Veleia* 8-9 (1991-1992), págs. 449-466, donde analiza el formato que presentan las diferentes ediciones de los comentarios a Prudencio de Nebrija.

ciaba una nueva sensibilidad y preocupación por el texto. Ahora bien, tampoco cabe ser demasiado tajantes a este respecto, pues al fin y al cabo la práctica del *accessus* estaba también sancionada por la obra de los comentaristas clásicos, con Servio a la cabeza.²² En el medioevo, eso sí, el texto de los autores clásicos se convertía en muchas ocasiones en un mero pretexto para la elaboración de toda una enciclopedia sobre el saber antiguo y moderno, como se ve, por ejemplo, en la extensa glosa que acompaña la traducción de la *Eneida* preparada por Enrique de Villena a instancias de Juan II de Castilla.²³ Aquí, por poner sólo un ejemplo, antes de comentar los primeros versos, Villena da unas nociones de poética, explica por qué los poetas escribieron sus obras «figurativamente» y aprovecha la ocasión para hablar sobre los géneros literarios (tragedia, comedia y lírica), lo que le lleva a concluir que Virgilio fue un autor trágico. Tras esta asombrosa afirmación, finaliza su nota con una alusión a la costumbre antigua de coronar a los poetas con laurel (que los italianos habían restaurado con Albertino Mussato y, claro está, con Petrarca, coronado en una solemne ceremonia en Roma en 1341):

La primera, porque fuese común a todos, ansí que los moços lo oviesen por patraña e los de mayor hedat e non letrados, por ystoria; los letrados por allegoría e, allende desto, secretos de natura e moralidades en ello especular podiesen. La segunda, por hablar breve, que pudiesen dezir en pocas palabras mucha sustancia. La tercera, porque los exponeadores oviesen materia general en que diversas fiziesen exposiciones. La quarta, por encubrir a los malos la materia de los vicios de que avñen de tractar, reprehendiéndolos porque non aprendiesen nuevas maneras de culpas [...] Es de notar que cuatro fueron las maneras de los poethas. Los unos se dizían trágicos, que tractavan los fechos de los príncipes e de las batallas e los que avñen alegre principio e triste fyn; e dezíese de *tragos*, que es «cabrón» en griego, que ansí como el cabrón sube a las más altas peñas, ansí los trágicos dizíen altas cosas por altas palabras

²² Vid. F. González Vega, «Tradicón e innovaciones en la comentarística medieval y del renacimiento», *Veleia* 11 (1994), págs. 299-316. En cuanto a la práctica del comentario medieval, vid. A. J. Minnis y A. B. Scott, *Medieval Literary Theory and Criticism c.1100 - c.1375. The Commentary Tradition*, Oxford, 1988.

²³ Existe una edición moderna de dicha traducción y glosa preparada por P. Cátedra, Enrique de Villena, *Glosas a la Eneida*, 3 vols., Salamanca, 1989-2000.

[...] E Virgilio fue de los trágicos e por eso esta *Eneyda* trágicamente es tractada. Todos estos en su graduación eran coronados de guyrnalda de laurel con sus bacas e por eso se dizen laureados. E así coronavan a los bachilleres en el estudio de Athenas; e de allí tomaron nombre de bachiller, casy *vacatus laury*.

Frente a esta sarta de noticias diversas, el comentario humanístico pretende, sobre todo a medida que avanzamos en el tiempo, penetrar en lo que De la Cerda llamaría la *mens poetae*: hay un intento de situar el poema en su época y explicarlo, así, con todas sus posibles implicaciones, gramaticales, filosóficas, literarias, etc.; de ese modo, el comentario no abandona su cometido propedéutico, que se revela en las continuas digresiones sobre las más variadas circunstancias y hechos de la antigüedad clásica, los *realia*, a fin de ofrecer a los alumnos todo tipo de explicaciones sobre el mundo antiguo o incluso sobre el presente a través de *exempla* y moralizaciones. Aparte de este uso general, el comentario se enriquece gracias a un nuevo sentido crítico, con una preocupación puramente filológica por el texto,²⁴ que obliga a justificar el uso o abandono de ciertas lecturas y a recurrir a principios textuales tan comunes como la *eliminatio codicum descriptorum* de Poliziano (instrumento que, como ha mostrado Grafton, ese humanista aplicaba a sus propias fuentes)²⁵ o la *lectio difficilior* de Erasmo.

A partir de este momento, el texto se convierte en objeto de estudio en sí mismo y no sólo en un conjunto de materiales para aprender poesía, retórica, gramática, historia de la literatura y, en definitiva, *antigüedades*. De ese modo, si nos acercamos al mundo de los comentarios, tanto impresos como manuscritos, comprobamos dos tendencias fundamentales desde la segunda mitad del siglo XV: por un lado, se confeccionan comentarios en extremo prolijos y, desde el punto de vista del contenido, apegados a la tradición antigua de la exégesis línea a línea; en numerosas ocasiones, incluso, los huma-

²⁴ Sobre estos aspectos, vid. E. J. Kenney, *The Classical Text. Aspects of Editing in the Age of the Printed Book*, Berkeley-Los Angeles, 1974 y S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann*, Padua, 1985.

²⁵ Así, según señala A. Grafton, «Quattrocento Humanism and Classical Scholarship», en A. Rabil, ed., *Renaissance Humanism. Foundations, Forms and Legacy*, vol. 3, Filadelfia, 1988, págs. 23-66, una vez que Poliziano había identificado la fuente primera de que partían los demás, consideraba inútil dar cuenta de todos los autores que repetían lo mismo.

nistas hacen suyos muchos de los logros de sus predecesores, como sucede con Pomponio Leto, quien en su comentario a Virgilio toma como base a Servio; o el propio Nebrija, quien antes de comenzar su *Ecphrasis Virgiliana* señala: *Haec a Servio mutuo sumpsimus ne videremur frustra nova quaerere aut superbe inventa contemnere*. A su vez, este abuso exegético, basado en la idea de que era preciso no sólo dar un interpretación al texto sino hacerse eco de todas las posibles, provocó la aparición de numerosos detractores que hicieron notar las enormes similitudes entre los todos los comentarios. Además, en medio de estas pobladas selvas de noticias, era difícil apreciar el genio y la originalidad del comentador, ocultos siempre entre infinidad de nimiedades y bagatelas exigidas por los alumnos y –no nos engañemos– por aquellos docentes mediocres que repetían en clase lo que otros habían escrito.

Ahora, había también un nuevo tipo de comentario más especializado, en el que sólo se daba cabida a aquellos aspectos que verdaderamente requerían cierta atención. Esta fue la senda que iniciaron humanistas de la talla de Calderini, Poliziano, Filippo Beroaldo el Viejo y otros tantos,²⁶ que también se sirvieron del comentario exhaustivo en sus clases. Estos nuevos comentarios tenían forma de miscelánea y, en muchas ocasiones, siguieron el patrón de las *Atticae Noctes* de Aulo Gelio. A este respecto, basta poner el ejemplo de Poliziano y su exitosísima *Miscellanea*, cuya primera centuria vio la luz en 1489, mientras la segunda quedó inédita tras su muerte en 1494. Aquí se daban cita comentarios de muy diversa índole sobre pasajes difíciles, sobre ortografía o curiosidades que otros habían pasado por alto. Así, por ejemplo, Poliziano demuestra en esta obra (I 77) que el autor de la *Eneida* se llamó «*Vergilius* y no *Virgilius*», comentario del que se hará eco Nebrija en su *Ecphrasis* de Virgilio para señalar que ni acepta ni desmiente esa opinión, contestada por Piero Valeriano;²⁷ otro

²⁶ Vid. C. Dionisotti, «Calderini, Poliziano e altri» *Italia medioevale e umanistica* (1968), págs. 151-185.

²⁷ «Variam fuisse contentionem inter plerosque eruditissimos viros nostrae tempestatis nec eam unquam definitam sed adhuc sub iudice litem pendere: Vergilius ne per E an potius per I sit dicendum. Nam Angelus Politianus incomparabilis eloquentiae vir in *Miscellaneorum Centuria Prima*, quam unquam vidimus, capite septuagesimum septimo, pro aris et focus contendit Vergilium per E potius quam Virgilium per I debere dici. Cui velut ex diametro pugnans Ioannes Pierius Valerianus, vir antiquarum inscriptionum curiosissimis indagator, refragatur ac validioribus argumentis illi os comprimit super illo quarti *Georgicorum* libri carmine: “illo Virgilium me tempore dulcis alebat / Parthenope”. Nos tamen in huius codicis excussione modo hoc, modo illud observavimus, nec eorum ulli nos addiximus».

ejemplo más de esta nueva sensibilidad nos la ofrece en esta misma obra al interpretar el famoso verso *tacitae per amica silentia lunae* (*Aen.* II 255) o al corregir un verso transmitido por la vulgata de Virgilio (*Aen.* VIII 402) apelando a su consulta de un códice «verdaderamente viejo» de la biblioteca Vaticana (el Codex Romanus). Estamos, pues, ante un tipo de crítica o comentario que aborrece y desestima el aplauso del gran público y que prefiere buscar sus lectores en el seno de la gran *res publica litteraria*, donde se abre un estimulante debate animado por las réplicas y contrarréplicas de los eruditos. En esta misma línea se sitúa la primera obra de juventud de Filippo Beroaldo, *Annotationes contra Servium* (Bolonía, 1482), donde se atreve a cargar contra el más grande comentarista de Virgilio apoyado en el viejo dicho *Quandoque bonus dormitat Homerus*:

Nam cum plurima a Servio bene et erudite dicta sint, nonnulla tamen reperiuntur parum curiose pensiculata et ab historiae fide discrepantia idque potissimum in his rebus quae ad Geographiam pertinent licet animadvertere. Namque ea scripsit Servius quae eruditorum aures ferre non possint nec debeant.

Pero Beroaldo no sólo arremete contra los errores geográficos sino que, pertrechado con su conocimiento en profundidad del latín, echa por tierra algunas de las diferencias léxicas apuntadas por el más célebre comentador de Virgilio:

SER. Pecunia dicta a peculio.

PHILIP. Varro, Romanorum doctissimus, qui vocabulorum etymologias acutissime ac eruditissime perscrutatus est, tradit pecuniam a pecore nominatam esse, quoniam priscorum divitiae in pecore consistebant. Sententiam Varronis confirmat Columella, lib. 7, et Ovidius illo versu: Hinc etiam locuples, hinc ipsa pecunia dicta est. Plinius autem in 33 scribit, pecuniam forsitan esse nomen a nota pecudis, quoniam antiquitus nummi effigie pecudis signabantur. Hinc Plutarchus asserit in Publicola, in vetustissimis nummis signum fuisse ovis et suis bovisque conspectum.

El procedimiento de Beroaldo se basa, ante todo, en la consulta más o menos directa de las fuentes antiguas (Varrón, Columela, Ovidio y Plutarco) para contrastar la información de Servio y, con frecuencia, recurre a Macrobio para completar las explicaciones del

antiguo comentarista. Es quizás en este espíritu crítico donde reside la mayor aportación de los humanistas, en su revisión de las opiniones de gramáticos y comentaristas antiguos, *non eruditionis ostentandae gratia sed ut pro virili parte iuvarem Latinae linguae studiosos et potissimum Vergiliani poematis amatores*, con palabras de Beroaldo en su carta prefacio.

La obra de Beroaldo gozó de enorme éxito y pronto se imprimió con los comentarios de Servio y Donato en una serie de *Opera omnia* de Virgilio tan exhaustivos que presentaban el texto arropado por los principales exégetas. Esta práctica de editar el texto junto con 10 ó 11 comentarios distintos gozó de un enorme éxito editorial por toda Europa y, sobre todo, en las prensas de Lyon y Basilea, donde se compusieron las famosas ediciones plantinianas y henricopetrinas; así, en 1484 se publicaron en Venecia varias ediciones del texto virgiliano acompañadas por cinco comentarios: Servio, Donato, Landino, Calderini y Mancinelli; ya mediado el siglo XVI, la moda llegó al exceso con ediciones que incluían hasta diez series de comentarios, con lo que el texto quedaba sepultado en medio de glosas interminables. Como reflejo de esta misma tendencia, había aparecido poco antes en París (concretamente en 1533) cierta edición del mantuano con los comentarios de Servio, Donato, Mancinelli, Probo, Calderini, Landino, Augustino Dato, Filippo Beroaldo y Pierio Valeriano.

Pero no todos esos comentarios eran iguales en función y cometido, lo que llevó a establecer distinciones por medio de sus títulos caracterizadores. De ese modo, la obra de Beroaldo sobre Servio, *Annotationes*, manifiesta su contenido crítico y su alta especialización, a la manera de Valla en sus *Annotationes in Novum Testamentum*, en las que este erudito ponía su elevada competencia lingüístico-filológica al servicio de las Sagradas Escrituras. Otro género de carácter puramente filológico es el de las *Castigationes*, que arrancan con la obra de Hermolao Barbaro, *Castigationes Pliniana* (1492-1493), donde se enmiendan numerosos pasajes de la *Naturalis Historia* de Plinio. Semejantes en su intención son las *Castigationes et Varietates Virgilianae lectionis* de Pierio Valeriano, aparecidas en Roma en 1521, que muestran el deseo de enfrentarse de una manera directa a los códices y corregir así las ediciones aparecidas hasta la fecha, particularmente, las de Aldo Manuzio de 1501, 1505 y, sobre todo, la tercera de 1514, que había salido corregida

ya por Andrés Naugerio.²⁸ Para ello, Valeriano asegura haber recurrido a los códices más viejos y menos alterados por las manos de los copistas y recomienda *vetera exemplaria perquirenda in qua nemo manus inieciisset*. Esta obra pronto comenzó a editarse junto con los demás comentarios de Virgilio brindando a los lectores la posibilidad de contrastar las diferentes lecturas ofrecidas por los códices descritos por Valeriano desde el comienzo de su trabajo. Así, existen dos tipos fundamentales de comentario: uno, de carácter general, atiende a la totalidad de la obra y tiene una naturaleza propedéutica; otro, de corte erudito, se ocupa de escollos muy concretos y está destinado al lector profesional y al erudito. El primer tipo es el más común y también el que gozó de mayor éxito editorial; el segundo, no obstante, logró ganar terreno al colarse dentro de ediciones tan ambiciosas como las indicadas más arriba, que pretendían dotar al estudiante y al estudioso de todas las herramientas críticas posibles.

Momento es ya de pasar revista a los comentarios más célebres a Virgilio en este período. Tras la *editio princeps* preparada en Roma por el obispo de Alería, Giovanni Andrea de Bussi, en 1469, el texto de Virgilio comenzó a editarse muy pronto, como se ha dicho antes, junto con el comentario de Servio. En esta época, al igual que en períodos anteriores y también en el presente, Virgilio era el modelo poético por antonomasia no sólo para la poesía épica sino también para la bucólica (género que alcanzaría un extraordinario desarrollo durante el Renacimiento desde las tempranas églogas de Dante y Petrarca hasta la gran poesía bucólica del siglo XVI, tanto en latín como en lengua vernácula) y para la poesía didáctica: tres modelos que se habían formalizado en la conocida *Rota Virgilii* de las poéticas medievales y que tenía su origen en los propios comentarios de Servio y Donato, quien señalaba que en Virgilio se encontraban modelos para los tres estilos: *Nam gracili in Bucolicis utitur, ubere in Aeneide, mediocri in Geor.*

²⁸ Esto es al menos lo que Valeriano indica en su carta-prefacio dirigida a Julio de Médicis:

Cum superioribus annis, amplissime optimeque pater, eruditissimi plerique viri multam et diligentem admodum in eo studio operam insumperunt ut Virgilium redderent quam emendatissimum, caeterum ob codicum varietatem, qui quam frequentissime transcripti fuere, tam semper corruptissime evasere, nulli adhuc hec emendandi ratio constitit inoffensa (tam varia sunt, quae per aetates singulas in eo opere commutata deprehenduntur).

Virgilio encontró muy pronto comentadores entre los principales humanistas,²⁹ que lo estudiaban y leían dentro de sus clases. Así, el comentario de Domizio Calderini (1446-1478) a los *carmina minora* de Virgilio fue uno de los primeros comentarios «modernos» en ver la luz de forma impresa (estas notas aparecieron por primera vez, de forma exenta, en una edición póstuma milanesa de 1480; a partir de 1482, acompañó el texto de Virgilio en numerosísimas ediciones). De todos modos, no sólo se centró en esos poemas, pues tenemos pruebas de que se interesó por la *Eneida* de acuerdo con el ms. Lat. 807, ff. 121r-139v de la Staatsbibl. de Múnich, que contiene un comentario al libro VI; de todos modos, el que aquí nos interesa ahora es su comentario a los poemas de la *Appendix*, que alcanzó, como se ha dicho, un enorme éxito editorial, sobre todo gracias al gran renombre de Calderini entre los aficionados a las *litterae humaniores* (recordemos que Calderini había sido uno de los primeros en iniciar esa serie de nuevos comentarios específicos con sus *Observationes*, donde mostraba su preocupación por la *emendatio* de algunos pasajes plinianos y por las etimologías). Su comentario a los *carmina minora* de Virgilio tiene un carácter muy escolar, con abundantes explicaciones de carácter erudito y anticuario sobre geografía, mitología e historia y una amplia reseña de autores griegos y latinos; parece, por otro lado, que para la elaboración de este trabajo, Calderini tuvo muy en cuenta el comentario de Pomponio Leto a esos poemas y ha habido incluso quien ha hablado de plagio. Hoy en día parece más verosímil pensar que Calderini conoció el comentario de Leto a través de apuntes, pues había estado relacionado con miembros de su famosa Academia romana, y que después lo amplió añadiendo un mayor número de fuentes griegas (ingrediente muy escaso en el trabajo de Leto, desconocedor casi por completo de esa lengua).³⁰

²⁹ Recordemos además que, una vez recuperado el texto íntegro de la *Institutio oratoria* de Quintiliano, Virgilio encontró un aval para convertirse en el principal poeta de escuela (I 8, 4-5):

Cetera admonitione magna egent, in primis, ut tenerae mentes tracturaeque altius, quidquid rudibus et omnium ignaris insederit, non modo quae diserta sed vel magis quae honesta sunt, discant. Ideoque optime institutum est ut ab Homero atque Vergilio lectio inciperet, quamquam ad intelligendas eorum virtutes firmiore iudicio opus est; sed huic rei superest tempus, neque enim semel legentur.

³⁰ Para más información acerca de este comentario, es preciso remitirse al excelente artículo de R. Nordera Lunelli y A. J. Dunston en la *Enciclopedia Virgiliana*, Roma, 1984-1991. Vid. también, F. E. Cranz - P. O. Kristeller, eds., *Catalogus translationum et commentariorum: Mediaeval and Renaissance latin translations and commentaries*, Washington, vol. III, 1976, págs. 383-387.

Bajo el nombre de Pomponio Sabino se publicaron también en 1490 unas glosas y escolios al texto de Virgilio. Este Pomponio no es otro que el célebre Pomponio Leto (1428-1498), quien siempre negó la paternidad de esa edición.³¹ Seguramente, se trata de unos apuntes tomados en sus clases, que se publicaron sin su consentimiento. Tras esa primera «edición pirata», sus glosas a la *Eneida* y a los *Carmina minora* tuvieron un enorme difusión a partir de las ediciones preparadas por Georgio Fabricio en Basilea desde 1561 a 1613 en los talleres de Henricpetrus.³² En cuanto al contenido y la forma de este comentario, responde también a una intención eminentemente pedagógica, por lo que mezcla un poco de todo; no obstante, quizás el hecho más reseñable sea su total dependencia de Servio, con una gran abundancia de notas de carácter histórico, mitológico y geográfico y una menor atención a los aspectos lingüísticos. Hay, eso sí, numerosas referencias a otros autores antiguos, algo que se convertirá en una tónica común en este tipo de obras y que tiene su razón de ser en el propio ideal de los humanistas, ansiosos de recuperar la *latinitas* a partir de los textos.

Esta tendencia responde también, claro está, al uso escolar de las *auctoritates*, que sirven no sólo para documentar ciertos fenómenos gramaticales y retóricos sino también cuestiones de *realia*. El comentario se configura así como una prueba de la enorme erudición del maestro y en un método para alcanzar un conocimiento general no sólo de un autor en concreto sino también de otros muchos. Las opiniones y los hallazgos científicos personales se han de confrontar con la Antigüedad y, para ello, se recurre a los autores del pasado (sin importar demasiado a qué época o período pertenecen dentro

³¹ Así, al menos, se lo hace saber a su amigo A. Maffei en la carta-prefacio impresa al comienzo de su *Salustio*, aparecido en Roma en 1490:

si glossulas in Virgillum legeris sub titulo meo, oro ne fidem praestes; neque temerarius sum neque audax neque eam expositionem unquam tentavi; ille, quisquis est, qui falsum epigramma posuit, sentiet quid profuerit me tanto mendacio provocasse.

³² Para una información más detallada acerca de este comentario, *vid.* el artículo de A. Lunelli en la *Enciclopedia Virgiliana*, donde insiste en la teoría de que el comentario de Leto fueron unas notas tomadas por Daniel Gaetani, que las publicó sin la sanción y revisión crítica del propio Leto; de hecho, Lunelli señala que dichas notas coinciden con dos autógrafos de Leto, el manuscrito Vaticano lat. 3255 y el de la Biblioteca Bodleiana, class. lat. 54, que contiene el comentario completo sin el texto virgiliano. De la fortuna de Virgilio en la Academia de Leto dan testimonio sus discípulos Cinzio Cenetense y el propio Calderini, quienes también comentaron el texto virgiliano.

de esa Edad Clásica). Esta forma de actuar, propia de cualquier comentario, encontró su sanción científica al observar el método empleado por Servio, quien en sus explicaciones léxicas, gramaticales o geográficas recurría, claro está, a las autoridades latinas en esas materias.³³

Otro comentario muchas veces reimpresso fue el de Cristóforo Landino (1424-1498), aparecido por primera vez en 1484.³⁴ De la mano de este autor, metido de lleno en la renovación platónica de la Academia de Ficino, descubrimos una nueva interpretación de Virgilio con cierto regusto pretérito, pues, como recuerda en su *Oratio de laudibus Maronis*, discurso inaugural de su curso sobre Virgilio entre los años 1467-1468, era posible descubrir un valor moral en la lectura de la *Eneida*:³⁵

Quod autem ad bene beateque vivendum pertinet quis non videat omnia, quibus vita humana recte instituat praecepta, ab hoc poeta veluti ex adorandis philosophie scatebris promi facile ac percipi posse? Nam ut Cyri vitam Xenophon ita a primis incunabulis producit ut eius regis exemplo optimus princeps informari possit, sic Maronis poema omne humanae vitae genus exprimit ut nullus hominum ordo, nulla aetas, nullus sexus sit nulla denique conditio quae ab eo sua officia non integra addiscat.

De este modo, encontramos en su comentario un gusto especial por la alegoría, en la que Dido representa el amor y Eneas la virtud; más aún, Virgilio es presentado como un verdadero filósofo-poeta, cuyo poema conduce hacia el conocimiento del «sumo bien»: *Verum ut paucis infinitam expediam, ita locum concludam ut universam huius scriptoris poesim laudem esse virtutis atque omnia ad illam referri sine dubitatione affirmem*. Este sabor al pasado se descubre además

³³ En este sentido, cabe señalar que el comentario se convirtió en definitiva en un género literario y, como señala F. Fernández Vega, «*Textus cum commento...*, op. cit., pág. 450, n. 4, un medio adecuado para que el humanista diera muestras de su elocuencia «forjada en los autores modelo, imitando el estilo del autor comentado en las múltiples ocasiones en que el texto es un pretexto para digresiones y excursos más o menos autobiográficos y evitar así la monotonía estructural producida por la continuada explicación de los *lemmata*».

³⁴ Cf. el artículo de A. Greco en la *Enciclopedia Virgiliana*.

³⁵ Acerca de esta *oratio* inaugural, vid. A. Field, «A Manuscript of Cristoforo Landino's First Lectures on Virgil, 1462-63», *Renaissance Quarterly* 31 (1978), págs. 17-20, y «An Inaugural Oration by Cristoforo Landino in Praise of Virgil», *Rinascimento* 21 (1981), págs. 235-245.

en el aprecio que Landino muestra por ciertos autores medievales, como San Alberto Magno, o por las explicaciones alegóricas del infierno virgiliano, en donde sigue a Zono de Magnalis.³⁶ Con todo, hay también en su comentario una faceta nueva y es su preocupación por el estilo del poema y por su fuerza oratoria, que, según Landino, se observa no sólo en la manera de caracterizar a los personajes sino incluso en la propia estructura de la epopeya con unos prefacios y epílogos contruidos con suma maestría:

Quid obsecro aut in maximis rebus sublimius aut in mediocris temperantius aut in humilibus pressius excogitari hoc poeta potest? Quis in sigulis verbis eius elegantiam? Quis in orationis structura compositionem? Quis in luminibus verborum sententiarumque dignitatem Maronis adaequabit?...Adde ad haec quod cum duo sint dicendi genera quorum alterum a quieto et nulla perturbatione concitato animo mature graviterque proferatur; alterum vero in quo quia nihil ratione sed omnia summa perturbatione aguntur ardens infensum torrensque nominarunt nonne utrumque ita distribuit. P. Maro ut servato hominum ingenio ac natura unicuique suum attribuat?

Estas ideas aparecen nuevamente en una de las obras más exitosas de Landino, sus *Disputationes Camaldulenses*, cuyos dos últimos libros discuten algunos aspectos filosóficos de la obra virgiliana, como bien recuerda Hernández de Velasco en el prólogo a su traducción española de la *Eneida*:

Pues de Philosophia moral qué profundidad tenga bien lo da a entender Christophoro Landino, varón muy erudito, el qual aliende de las *Annotaciones* que hizo sobre la *Bucólica*, *Geórgica* y *Eneida* de Vergilio, en que sólo trató de lo anexo a la exposición de la letra, escribió un otro volumen, al qual intituló *Disputaciones Camaldulenses*, en cuyos dos postreros libros trata diligentíssimamente el entendimiento moral y saca a luz un abismo profundíssimo de doctrina, que quien la leyese attentamente no echaría menos cosa de quantas Platón, Aristóteles, Séneca, Plutarcho y los demás philosophos morales en esta razón nos dexaron escritas, porque la allegoría de Vergilio es una abreviatura de todas ellas.

³⁶ Para estos aspectos, vid. V. Zabughin, *Virgilio nel Rinascimento italiano da Dante a Torquato Tasso*, Bolonia, 1921-1923, 2 vols.

A estos comentarios habría que añadir también los de Antonio Mancinelli a las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, que vieron la luz en 1484 y que fueron reimpresos en numerosísimas ocasiones a lo largo de todo el siglo XVI. Comprobamos aquí, una vez más, su total adhesión a los comentaristas antiguos de Virgilio y, en especial, a Probo, aunque ello no le impide criticarlo o enmendarlo cuando lo considere oportuno, lo mismo que ocurre con Macrobio; es, además, escrupuloso a la hora de desvelar las posibles fuentes virgilianas (es muy interesante su esfuerzo por establecer las relaciones entre Virgilio y su modelo, Teócrito) y da muestras de haber consultado de una manera muy directa algunos códices antiguos para recuperar ciertas lecturas. Según declara en su carta-dedicatoria, su pretensión era la de fijarse en aquellos aspectos del poema en los que radicaba mayor dificultad; además, sin querer ser exhaustivo, deseaba ofrecer un producto novedoso al incidir precisamente en aquellos pasajes en los que creía aportar algo nuevo frente a las opiniones de Servio y Landino.³⁷ Su comentario era, en definitiva, fruto de su experiencia docente durante el último trienio, periodo en que había explicado justamente esas dos obras. De todos modos, a pesar de esta declaración de principios, su obra no resulta excesivamente original y, como otras de su época, aparece dominada por un anhelo de exhaustividad en sus explicaciones. De igual modo, descubrimos en Mancinelli una intención moral acorde con su carácter escolar, como cuando, a tenor de *Buc. II*, 68-69, señala: *finis huiusce aeglogae docet nullo pacto vacandum esse amori cum propter illum assequendum et damna et dedecora plurima eveniant, unde damnari non potest Maro cum talia scripserit*. También tuvo un enorme éxito el comentario de Herman van der Becke (Hermannus Torrentinus [ca. 1450-1520]) a las *Bucólicas*, aparecido en 1496, aunque no presenta mayores novedades y, además, posee un marcado carácter escolar; es más, de acuerdo con Heyne, comentarista y editor de Virgilio, la *expositio* de Torrentini «ingenia puerorum corrupit» y se presenta como un comen-

³⁷ Esto es al menos lo que el propio Mancinelli expone en su carta a Urso Orsini:

Nec ego eo consilio commentarios edidit ut homines eruditos redarguam quamquam alius alii videtur sed uti Vergilii carmen facilius et apertius habeatur... Visus est cunctis omnibus et locis atque sententiis priscorum testimonia reddere ibique maxime ubi aliorum interpretationibus (quod saepe accidit) minime sum assensus; non quidem ab re ut patebit praeterique nihil fere necessario exponendum, quod si forte non usque rite expositum fuerit danda venia est.

tario escaso y flojo (*commentum hoc...ieiunum et ineptum*).³⁸ Pero la exégesis virgiliana, no sólo se benefició de la labor de estos eruditos modernos sino también de la exhumación de los textos de Probo, Filargirio³⁹ y Donato (como señalé antes, las *Interpretationes Vergilianae* de este autor sólo se conocieron de manera íntegra a partir de 1535 gracias a la labor de George Fabricio, al rescatar unos códices de Pontano que sólo habían circulado entre sus amigos de Nápoles). A comienzos del siglo XVII, incluso Fulgencio, con sus interpretaciones alegóricas, gozó del favor de la imprenta.

De todos modos, entre todas estas explicaciones al texto de Virgilio, la más completa y también la más conocida fue la de Badio Ascensio (Joost van Assche [1462-1535]), profesor e impresor en Lyon, quien de nuevo escribió su comentario tras los pasos de Servio.⁴⁰ Ascensio comentó no sólo las *Bucólicas*, *Geórgicas* y la *Eneida*, sino que puso también unas breves glosas al libro XIII que Maffeo Veggio había añadido a la epopeya virgiliana.⁴¹ La obra de Badio es quizás la que

³⁸ Cf. C. G. Heyne, *P. Virgilius Maro, varietate lectionis et perpetua annotatione illustratus*, Londres, 1832-1841 (con reimpresión en Darmstadt, 1969).

³⁹ En cuanto a Probo, su *Vida de Virgilio* fue publicada en 1471 y, en 1507, el comentario a las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, atribuido a él falsamente, gracias a Egnatius, quien según sus propias palabras se basó en un códice encontrado en Bobbio por Giorgio Mérula. Filargirio con su *Explanatio in Bucolica* y sus notas a las *Geórgicas* atrajo en un principio la atención de Poliziano; sin embargo, pronto cayó en el olvido a causa de la rudeza de su estilo y por sus ideas demasiado medievales. De todos modos, su obra fue publicada en Roma en 1587, aunque Fulvio Orsini señaló que dicho comentario no estaba íntegro y que se trataba de unos *excerpta* provenientes de un antiguo manuscrito serviano (para más detalles acerca de este aspecto, *vid.* la entrada que le dedica M. Geymonat en la *Enciclopedia Virgiliana*).

⁴⁰ Sobre la gran actividad de Ascensio como impresor y como comentarista de textos clásicos, *vid.* Ph. Renouard, *Bibliographie des impressions et des œuvres de Josse Badius Ascensius, imprimeur et humaniste, 1482-1535*, París, 1908; aquí se realiza una defensa de la labor de este humanista preocupado, sobre todo, por «rénover l'enseignement du latin et à remettre en honneur les classiques oubliés, en s'adressant aux enfants dès leur études» (cf. Renouard, vol. I, pág. 140). En este mismo sentido, *vid.* también los trabajos de P. G. Schmidt, «Jodocus Badius Ascensius als Kommentator» y M. J. Desmet-Goethals, «Die Verwendung der Kommentare von Badius-Mancinellus, Erasmus und Corderius in der 'Disticha Catonis' - Ausgabe von Livinus Crucius», ambos en A. Buck - O. Herding, eds., *Der Kommentar in der Renaissance*, Bonn, 1975, págs. 63-71 y 73-88; en especial, el primero de estos dos artículos intenta situar la figura de Badio en su contexto preciso y recuerda, una vez más, que con sus comentarios este autor pretendía erigirse como un buen gramático, es decir, un formador de los espíritus juveniles.

⁴¹ El comentario «familiar» de Badio Ascensio a las *Bucólicas* y *Geórgicas* apareció en 1500; el de la *Eneida* es de febrero de 1501 y el de los *Opuscula* en marzo de ese mismo año. En el caso de esta edición de la *Appendix*, Ascensio eliminó los *Priapeia* al considerar que eran obra de Ovidio y no de Virgilio; sin embargo, como señala Renouard, *Bibliographie des impressions...*, *op. cit.*, pág. 148, esos poemas fueron incluidos en otras ediciones de los *opera* virgilianos que contenían su comentario pero que no habían sido cuidadas por el propio Badio.

mejor representa el conjunto de los comentarios virgilianos de ese momento, pues este erudito no sólo se deja llevar de la mano de los comentarios antiguos sino que da también muy buena cuenta de los más recientes. Se presenta, así, como un crítico honesto, que reconoce la labor de todos aquellos que, antes que él, habían dedicado su esfuerzo a elucidar al gran poeta Mantuano; por ello, son frecuentes sus referencias a Servio, Donato y, entre los más recientes, a Landino, Poliziano, cuyas palabras sobre la verdadera ortografía de Virgilio cita al pie de la letra, o a Mancinelli. Su comentario se construye, pues, como un gran centón que intenta hacerse eco de las formas posibles de acercarse al texto virgiliano y que pone al servicio de sus lectores «large bodies of material which they might otherwise have had difficulty in consulting».⁴²

De esa forma, da una enorme importancia a los *realia* y, sobre todo, a las explicaciones retóricas y gramaticales, sin olvidarse, por supuesto, de una posible interpretación alegórica, como indica en su cartadicatoria que precede su comentario a las *Bucólicas* y las *Geórgicas*:

[...] Nam ut honeste iusteque vivamus (id quod imprimis praecipunt) oportet agnoscamus quia, ut in Ciceronianis officiorum institutionibus est, non nobis solum nati sumus ortusque nostri partem sibi patria, partem amici vendicant, quod an alibi magis graphice quam in Maronis a nobis susceptis Bucolicorum et Georgicorum libris depingatur, non immerito addubitem. Quid enim aliud (ut a primordio incipiam) in prima Bucolica quam ut patriae compatriotisque nostris, qui nimirum amici esse debent, consulamus agitur?... Quid in segunda aliud quam ut mutuas amicitiae partes depleamus admonet?

Para Badio, Virgilio es el mejor modelo no sólo *ad litteras* sino también *ad mores*. Pretende además que su comentario sirva por sí solo para cubrir todas las necesidades exegéticas sin necesidad de acudir a otros autores para completar las explicaciones:

⁴² Cf. E. H. Wilkins, «Badius Ascensius and the transmission of medieval literary criticism», *Romance Philology* 9 (1955), págs. 209-222 [215], quien ha estudiado con acierto y claridad la manera en que Badio consiguió integrar los materiales procedentes de las diferentes tradiciones exegéticas (la clásica, la medieval y la humanística); en especial, su trabajo analiza los comentarios de Badio a Terencio y a Horacio, para concluir que su labor fue de gran utilidad, pues «his selections were judicious, his cutting and piecing were clear and orderly, and he had his own ideas about poetry which gave some unity and some direction to his encyclopedic efforts».

Hunc autem poetam familiariter exponere constitui ut quibus preceptorum deest copia, habeant ex nobis facilem ad eum viam eaque ingressi ad pleniorum eruditionem ipsi (si quidem industrii, gnavi atque solertes sunt) per se suaque studia pertingant.

Esta obra supuso en cierto modo, una verdadera novedad en cuanto a la manera de organizar y estructurar la materia. Si observamos las palabras que comenta Badio con relación a los primeros versos de la *Eneida*, vemos cómo sin alejarse mucho de Servio muestra su interés por otras voces (algo que también se puede ver en otros comentaristas); sin embargo, lo verdaderamente novedoso es la sección final, que titula *ordo*, en la que Ascensio realiza una paráfrasis del texto de corte muy escolar y con un especial interés por la gramática al ofrecer múltiples equivalencias y sinónimos. Aquí señala, aunque de un modo un tanto superfluo, algún rasgo de la técnica del poeta e intenta recopilar de una manera sencilla y accesible lo que se había expuesto antes con mayor detalle:

Ordo autem est, at .i. sed; ego cano, .i. carmine heroico describo et id in laudem; arma Martis .i. qualia mars tractat aut martis .i. belli per metonymiam qua deus pro re cui praest poni solet; horrentia .i. horrorem incutientia, et virum scilicet Aeneam talia tractare solitum qui profugus fato .i. non propter culpam aut crimen sed deo ita vovente (qui constituerat per destructionem Troiae tandem Romam extruere, quia destructio unius fere generatio est alterius), venit primus fato .i. per fatum, hoc est deorum preordinationem, ab oris .i. regionibus [...] in Italiam et littora Lavinia .i. tunc sic denominata et postea Lavinia multum ille etc. secundum Servium ille vacat et revera sine eo posset plena esse constructio sed metri causa interponitur et quia, ut dixi, pondus et difficultatem rei ostendit durior scansio carminis.

Es quizás en esta sección de su comentario donde muestra más a las claras su intención pedagógica y un incipiente interés por la poética, pues aquí ofrece una interpretación conjunta del pasaje comentado y razona las posibles opciones tras haber desmenuzado cada elemento del texto.

Contra este comentario se alzó la voz de Sancho de Nebrija en los *preambula* a la edición del comentario de su padre a Virgilio. Aquí, ante las posibles comparaciones entre ambos tra-

bajos, señala que el de Badio es tan exhaustivo que apenas deja ningún resquicio o materia para que los alumnos puedan ejercitarse; además, en su opinión, Badio abusa sobremanera de las digresiones de muy diferente índole, en las que se permite incluso «filosofar» (inserto la traducción de este extenso pasaje en nota):⁴³

Scio tamen lividulos quosdam futuros qui dicant nos actum egisse oleumque et operam perdidisse, nam si eo animo glossam hanc evulgavimus, ut rei litterariae adolescentibus optime esset consultum, obiicient nobis Badianos commentarios in quibus satis copiose litterae structura explicatur, adeo ut etiam pueris labor hic non admodum necessarius videretur. His hoc sit responsum: In Ascensianis illis enarrationibus licet verbosioribus non tam apposite poetae mentem expositam esse ut in his nostris, praeterea multa esse hic longe rectius enucleata quam illic, quamvis commentaria haec illis fuerint tempore (ut dixi) priora. Ad haec Badius interdum in media textus elucidatione aut philosophatur, nolo dicere quam inepte, aut Philippi Beroaldi amarulentias in Servium interserit aut Politiani aut Macrobbii aut Gellii aut Criniti annotationes in fasciculum redigit, denique multis in locis longiunculis digressionibus utitur, quod quam damnosum sit pueris nemo non videt.

De todos modos, el comentario de este impresor y profesor de latín y griego, alcanzó una gran difusión, ya que desde su primera aparición en 1501 fue impreso en numerosas ocasiones a lo largo de toda la centuria. Con todo, durante el siglo XVII, la mayor parte de los comentaristas dieron la espalda a los comentarios escritos por

⁴³ «Sé, con todo, que habrá algunos envidiosillos que digan que hemos actuado y hemos perdido el aceite y el trabajo, pues si hemos divulgado esta glosa con el fin de que se vele mejor por la literatura y los adolescentes, nos pondrán delante los comentarios badianos en los que se explica muy copiosamente la estructura literaria, hasta el punto de que incluso a los niños este trabajo parecería innecesario. Que nuestra respuesta a éstos sea la siguiente: en las explicaciones de Ascensio, aunque con más verborrea, no se expone la «mens» del poeta con tanta exactitud como en estas nuestras; además hay muchas cosas mucho mejor aclaradas aquí que allí (a pesar de que estos comentarios fueron anteriores en el tiempo, como dije). Más aún, Badio, de vez en cuando, en medio de la explicación del texto, o filosofa (no quiero decir con cuánta ineptitud) o inserta los venenos de Filippo Beroaldo contra Servio o mete en un paquete las anotaciones de Poliziano, Macrobbio, Gellio o Crinito; finalmente se sirve de largas digresiones, lo que cualquiera ve cuán dañino es para los niños».

Badio y, al igual que Sancho de Nebrija, criticaron su manera de proceder por considerarla pobre y poco novedosa.⁴⁴

Ya dentro de este siglo XVI, la fiebre por editar y comentar a Virgilio se incrementó más si cabe, como lo atestiguan las 328 ediciones que se hicieron de este autor frente a las 150 del siglo precedente. A esta época pertenecen los comentarios de Agustino Dato, el célebre gramático y autor de una de las más exitosas *artes epistolandi* de la época, y los del reformista Melancthon (1531); también Eritreo publicó unos escuetos escolios en 1539; en 1535, Willich comentó las *Bucólicas* y, en 1537, aparecieron las interpretaciones alegóricas de Juan Luis Vives a esta misma obra.⁴⁵ Petrus Ramus publicó en 1551 unas muy sencillas notas sobre las *Bucólicas* y las *Geórgicas*; en ese mismo año, apareció también el comentario de Hartung a toda la obra virgiliana, que en ninguna manera supuso cambios notables.

Entre todas ellas, merece la pena destacar tres autores cuyas obras sirvieron de ayuda e inspiración a De la Cerda: Germain Vaillant de Guélis (*Germanus*), Hortensio de Monfort y Nascimbeni. El primero de ellos publicó en Amsterdam sus *Commentationes et Paralipomena in P. V. Maronem* (1575), donde el comentarista se jacta de arrojar luz sobre el texto virgiliano gracias a su empeño por consignar las posibles fuentes griegas y latinas:

⁴⁴ Creo interesante reproducir la opinión que el italiano Antonio Bonciario tenía de este célebre erudito: para él, aunque Badio es un comentarista mediocre, su obra tiene cierto valor, pues ha conseguido inmortalizarse con ella; prueba de esto son las traducciones de sus comentarios (*illam ipsam puerilem et vix latinam interpretationem*) a las lenguas romances hechas por algunos autores (*non illi quidem admodum eruditii*). Desde luego, sus palabras rezuman una agria ironía, pero su juicio sobre la valía de Badio es sensato, pues aprecia el interés de este erudito por enseñar latín a través de sus simples y sencillas exposiciones de los clásicos; así, señala:

Iodocus Badius Ascensius, homo litteris tinctus, eis que perquam humilibus ac puerilibus, certe non elegantibus ac liberalibus, quanto est infra inclytos sive Grammaticos sive Rhetores sive Poetas qui saeculo suo floruerunt, eruditione, ingenio, facundia, tanto omnibus celebritate ac fama nominis antecellit. Ille, ut scimus, in Oratores, in Historicos, in Poetas longe clarissimos commentus est illam suam, ut vocant, familiarem explanationem, adeo putide, inepte, imperite, adeo interdum praeter rem, imo et contra rem, ut vel non mediocriter eruditi acquis oculis aspicere non possint. (He tomado la cita de Renouard, *Bibliographie des impressions...*, op. cit., pág. 141).

⁴⁵ Existe una edición y traducción actuales de esos comentarios hechas por J. Esteve Forriol, *Interpretación de las Bucólicas de Virgilio principalmente alegórica: con un índice cuidadísimo de asuntos y de palabras dignas de recordarse en ella*, Valencia, 1997. De todos modos, esta obra se estudiará con mayor detenimiento en la segunda parte de este trabajo dedicada a los comentarios a Virgilio hechos en España o escritos por españoles.

Verum enimvero quantum luminis decorisque huic auctori industria nostra philosophicorum poeticorumque testimonium comparatione Latinarum Graecarumque dignitatum collatione attulerit, vestri alienique erit arbitrii.

Su deseo de originalidad se expone en el mismo proemio, donde Germain de Guélis promete una interpretación personal de la obra maroniana sin entrar en la famosa disputa sobre la primacía entre Virgilio y Homero (muy de moda por entonces); de igual modo, arremete contra aquellos que acusaban al poeta de inmoral, pues *quis de immortalitate animorum, de religione, de numine, de pietate in Deos, patriam, parentes, coniuges, bello, pace, foederibus, poenis scelerum, praemiis bonorum sanctius unquam effatus est?* Salvada esa cuestión, que hoy podría parecer anacrónica, el comentario de Guélis resulta realmente interesante por ese empeño suyo en descubrirnos las fuentes griegas, que se citan con cuidado y con exactitud. Desde luego, a estos valores propios, habría que añadir su enorme calidad tipográfica, pues su editor fue el renombrado Plantino.

En esta misma línea de ofrecer una visión personal de la obra de Virgilio, destaca Lamberto Hortensio de Monfort con sus *Enarrationes in sex priores libros et annotationes in sex posteriores* (dedicadas a Felipe II en 1559). Aquí, una vez más, en el prefacio se soslaya la discusión sobre la primacía de la épica griega sobre la latina, para ofrecer a continuación un comentario interesado por las cuestiones de estilo y composición de la obra (con continuas referencias a la literatura griega). Una vez que se han aclarado esos aspectos, el autor inserta una segunda sección, donde se abordan los problemas relativos al argumento y se solventan los escollos gramaticales. Así, al comentar los primeros cuatro versos de la *Eneida*, los considerados espurios, señala:

Primi quattuor versus huc spectant tu benevolentiam apud lectorem sibi conciliet idque a sua persona. Hanc autem circumscribit periphrastice, ab editis operibus, quae duo maxime fuerunt: *Bucolica*, quae humili stylo, humili argumento et temperamento erudite scripsit; haec susceperunt statim *Georgica*, quorum argumentum de agricultura, de apibus, quia gravius est, etiam carminis dignitas et pondus supra *Bucolicorum* tenuitatem altius insurgit. Postremo errores Aeneae et bella scripturus, in tragicum boatum pro materiae sublimitate attollitur.

Caeterum summa omnium verborum haec est: Ego, Maro, qui quondam Bucolicum carmen, inde Georgicum scripsi, nunc bella et iactationem Aeneae cano. **Arma]** Propositio totius operis, qua dicit se describere errores Aeneae et bella quae profugus a Troia in Italiam gesserit (...). Exordium diversum est ab Homericis. Ille enim invocationem cum propositione miscet (...). Benevolum hic auditorem invocatione dearum et attetum proposita rerum magnitudine et docilem summa celeriter comprehensa facit. Noster vero diserte propositionem distinguit ab invocatione (...) **Arma**, pro bello metonymia.

Esta manera de proceder, con un interés por destapar los recursos poéticos de Virgilio, sólo se mantiene en el comentario a los seis primeros libros de la *Eneida*, pues el de los seis últimos se reduce a unas breves notas (algo contra lo que arremetió más tarde el propio De la Cerda). También el comentario de Nascimbeni a los seis primeros libros de la *Eneida* (1596) hace hincapié en la calidad poética de la obra; de hecho, en la carta prefacio dirigida al cardenal Aloisio, el erudito señala que su comentario es, en realidad, un buen método para aprender elocuencia:

Quamobrem ipse quoque experiri volui an alio quam hactenus alii fecerunt interpretandi genere uti possem, quod maiorem bonarum artium studiosis intelligentiae lucem afferret et quo Virgilii ipsius maiestas eruditionisque praestantia clarius, splendidiusque elucesceret. Itaque quicquid erat cum poeticae tum rhetoricae artis aut philosophiae maxime cognitu dignum, quod ex hoc divino Maronis poemate depromi posse videretur, illud totum (opinor) in haec commentaria contulimus. Taceo quod alia plura cum ex Graecis tum ex Latinis poetis, quae Virgilius passim imitatus est, hemistichia atque integra carmina reteximus, quae nec Macrobius retulit nec alii post illum interpretes animadverterunt.

Como se ve por estas palabras, Nascimbeni estaba orgulloso de ser el primero en descubrir nuevas fuentes (ocultas incluso para Macrobio) y anunciaba su intención de recoger todo lo relativo a la poética, la retórica e incluso a la filosofía (algo en lo que, como se ha visto, no era tan original). Desde luego, la lectura de sus glosas sí revelan una clara preocupación por la poética y son abundantes sus notas sobre los principios compositivos y estructurales de la obra; así, por ejemplo, antes de iniciar el comentario a los cuatro primeros versos (*Ille ego qui quondam gracili modulatus avena, etc.*), que

él considera auténticos, se detiene en ciertas consideraciones sobre el género épico y saca a relucir su familiaridad con la *Poética* de Aristóteles. Al mismo tiempo, son abundantes sus críticas a los comentaristas anteriores, volcados siempre en resolver las dudas gramaticales y explicar *trivalia secuti fabulas et historias longo verborum circuitu*.

Un poco antes, en 1576, Meyen había publicado su comentario escolar de Virgilio, que pretendía ser una síntesis de los comentarios anteriores y donde el texto vuelve a recuperar su protagonismo dada la brevedad y concisión de las notas; a pesar de esa búsqueda de cierta originalidad en la concepción del comentario, sus anotaciones presentan de nuevo una gran amplitud de contenidos (gramaticales, lexicográficos y poéticos) y hacen especial hincapié en las relaciones de Virgilio con sus modelos. Esta lista no es desde luego exhaustiva, y volveré sobre ella en la segunda parte de este trabajo al abordar el estudio de los comentarios de De la Cerda, que vienen a ser la culminación de este género de crítica literaria.

Cada vez se descubre una atención más marcada hacia el texto, muy mejorado tras la tercera edición de Aldo Manuzio y depurado aún más gracias a la labor de su hijo Paulo Manuzio, cuya edición contiene magníficos *marginalia*.⁴⁶ De igual modo, las ediciones de Plantino supusieron un gran avance, sobre todo la de 1575, ilustrada, como ya se ha señalado, con el erudito comentario de Germain Vaillant de Guéllis (*Germanus*). En este sentido, desde comienzos de este siglo XVI, se percibe una mayor preocupación por la poesía como disciplina digna de estudio, con obras encaminadas a desvelar las claves poéticas de la obra virgiliana: entre éstas, fueron muy alabadas la de Fulvio Orsini, *Virgilius collatione Scriptorum Graecorum illustratus* (1567), en que aborda el problema de la relación de Virgilio con otros poetas griegos; la de Jacobo Pontano, *Symbolarum libri XVII in Virgilium*, o los índices de Eritreo, precedidos de un minucioso estudio sobre la métrica virgiliana. Estas obras pasaron también a editarse junto con otros comentarios al lado del texto del mantuano, con lo que en el siglo XVII los *Opera omnia* de Virgilio no ocupaban un único y muy grueso volumen *in folio* sino varios.

⁴⁶ Sobre la importante revolución tipográfica que supusieron las ediciones aldinas de los clásicos, *vid.* M. Lowry, *The World of Aldus Manutius: Business and Scholarship in Renaissance Venice*, Oxford, 1979.

Tras una revisión del conjunto, se descubre un común denominador para todos los comentarios de la obra de Virgilio de ese periodo, que no es otro que Servio. La actualidad del gran intérprete del mantuano no sólo se percibe en la omnipresencia de su comentario sino también en el influjo general que éste ejerció en los comentaristas modernos, que repiten sus ideas, las completan o las corrigen. Gracias a todos ellos, la lectura de Virgilio continuó siendo el mejor medio para el aprendizaje del latín, y no sólo de la Gramática sino también de la Retórica y de la Poesía en términos generales, aspectos éstos en los que cada vez incidió con mayor fuerza la crítica literaria del siglo XVI. El comentario era un útil propedéutico al tiempo que un reto para los profesionales, que para mostrar su competencia académica se afanaban en embutir un sinnúmero de aclaraciones eruditas, sin olvidar en ningún momento las lecciones de orden moral, en la idea de que el estudio de Virgilio podía ser muy útil para la formación de los espíritus juveniles. Este principio había encontrado un medio adecuado entre los primeros humanistas, que persiguieron en la poesía de los clásicos lecciones de carácter universal e incluso materiales que caían dentro del ámbito de la llamada teología poética.⁴⁷

Los comentaristas de Virgilio no sólo se esforzaron por arrojar luz sobre cualquier detalle de la obra: al hacer una labor hermenéutica era inevitable hacer otra simultánea de tipo ecdótico, con lo que se salvaron no pocos escollos que hasta ese momento habrían recibido unas merecidas *cruces desperationis*; por otra parte, desde los *opera magna* (y en especial de las *Bucólicas* y las *Geórgicas*, obras que gozaron del beneplácito de la escuela), se pasó a los poemas que componían la *Appendix*, buen terreno donde demostrar la agudeza del crítico a la hora de rechazar o aceptar la autoría del mantuano sobre cada una de las composiciones. En cuanto a la estructura de los comentarios, tras el patrón de Servio, las explicaciones se amontonaban en los escollos correspondientes a palabras o expresiones (*lemmata*), sin que se eche de ver ningún deseo de ordenar

⁴⁷ A este respecto cabe señalar la gran admiración que sintió Petrarca por Virgilio, que le llevó a elegir el comentario de dos versos de las *Geórgicas* (III 291-292) como tema para el discurso que pronunció con motivo de su coronación con laurel. Sobre esta *oratio*, vid. Wilkins, *Studies in the life and works of Petrarch*, Cambridge, 1955, págs. 300-313.

el material por parte de la mayoría de los comentaristas. De todos modos, gracias a esa labor exegética, Virgilio fue releído y ubicado en su época; además, se avanzó decididamente en el terreno de la crítica textual virgiliana; por fin, lo más novedoso fue el establecimiento de las relaciones con los modelos griegos y el estudio de sus imitadores latinos, que dio una nueva dimensión al estudio de la *imitatio* dentro de la poesía virgiliana y de la poesía antigua en general, con consecuencias de notable importancia en la configuración de la teoría poética del siglo XVI. Por todo ello, Virgilio y la bibliografía virgiliana se constituyeron en unos útiles privilegiados para cuantos pretendían conocer el mundo antiguo en profundidad y, particularmente, para quienes deseaban aprender una técnica que más adelante recibiría el nombre de Filología.

TERESA JIMÉNEZ CALVENTE
Universidad de Alcalá